

## ESTA ES UNA NOCHE DE LAS QUE NUNCA SE OLVIDAN

### **Doña Toña**

–Ángel, ya deja de toquetearme–, le digo quedito al oído mientras me hago a un lado, vuelvo otra vez la mirada hacia la ventana del camión, y veo ese paisaje rarísimo. Ángel es mi cruz, un profesor universitario 10 años mayor que yo, con una espesa barba y una brillante melena marrón rojizo amarrada en un chongo samurái, un intelectual cuya labia y humor me hace pensar que es capaz de engatusar a cualquier chica con aspiraciones a artista. Pero debo confesarles que cuando él me besa, siento mariposas, dá vueltas mi cabeza. Me tiene loca y confundida. Sábado, las diez de la mañana y ya está todo caliente queriéndome abrir el pantalón en este autobús de apariencia escolar. No me hubiera molestado si después de salir de ese lugar hediondo, nos hubiéramos podido ir a pasear, tomar la carretera por el llano, subirnos al caballo del amor y quedarnos por ahí todo el fin de semana, comiendo y cogiendo sin parar. Siendo felices. Pero el tuviera no existe y las apariencias engañan: él tiene que volver con su novia, la gringa a la que conocí unos meses atrás en una inauguración de la exposición de mi maestra de escultura, y que me presentó a Ángel para que le ayudara en un proyecto artístico. Él tiene que ir al aeropuerto por una amiga de ella, y a mí, me queda contentarme con nuestra cita romántica en el Relleno Sanitario Doña Toña.

El camión va recorriendo la parte visitable de este enorme terreno. Dentro de él y delante de nuestros asientos, va un grupo de profesionistas que parecen que vinieron porque los mandó la empresa para la que trabajan. Una señorita con un micrófono da la explicación sobre cómo funciona este lugar: en resumen, la basura que llega desde diferentes partes de la ciudad es colocada en distintas capas de tierra, las cuales se van cubriendo con materiales

como arcilla, hule, o polietileno para disimular los olores y gases que salen de los residuos. Al final, se siembra pasto y, después de pasado mucho tiempo, crecen unas lindas y pequeñas flores amarillas. Es como una gran lasaña de porquería.

Ángel y yo, Amanda Buendía, estamos aquí porque queremos fotografiar y filmar este lugar, arte por supuesto. Cada uno de nosotros tiene un proyecto personal para venir al basurero; yo por mi parte, estoy haciendo una pieza de arte relacional en la que por medio de cartas contesto a carteles de búsqueda de cosas perdidas como si fuera el propio objeto el que explica cuál es su paradero; y Ángel... la verdad es que no tengo idea en qué va a usar estas imágenes, creo que está haciendo una película experimental o algo así; pero en común, tenemos esa curiosidad de ver el destino final que tienen casi todas las cosas materiales. Bajamos del autobús y desayunamos empanadas. Ángel me toca el culo y me dice que mientras esperamos a la persona que nos llevará en coche al lugar donde los camiones dejan la basura fresca que han recolectado en la madrugada, vayamos al baño a echarnos un rapidín. No estoy de humor, lo ignoro y me pongo a jugar con mi teléfono. Antes de que pase otra cosa, una señorita aparece por una puerta, y nos indica por donde caminar. Ángel se sienta en el lugar del copiloto y yo en la parte de atrás del auto y antes de que se suba la conductora, por el pequeño espacio que queda entre los asientos nos damos la mano y nos volteamos a ver. Me dice que me quiere, y le contesto que no le creo, que es mentira... Mentiras. Se ríe y me da un beso en la mano, y yo se la arrebató. Estoy con la sangre efervescente.

Seguimos a uno de los camiones que suben una colina, poco a poco se empiezan a distinguir los montículos de basura y unas pequeñas máquinas amarillas que parecen bichos. Se va intensificado el olor y también los pitidos de los camiones recolectores que con sus palas de metal mezclan la basura de todos; de los que se visten con ropas caras y de

los que duermen en las calles. El coche avanza unos metros más, se estaciona y la conductora nos da la señal para abrir la ventana. ¡Gucala! Me tapo la nariz con la mano. Me esfuerzo por no guacarear. Desde que llegué a vivir a esta ciudad me parece que cada rincón huele a basura, pero este tufo putrefacto me atraviesa la piel y los ojos. Mi estómago hace ruido en protesta por el olor a muerto. Les juro que esto es lo más extraterrestre que he visto y experimentado en mi vida. Saco mi cámara y usando la función de zoom, intentó distinguir las partes que componen el paisaje: una envoltura del panqué que alguien se comió ayer, cáscaras de los huevos del desayuno, un empaque comprimido que antes contenía mayonesa, el motor de una lavadora o una podadora, la pata de una silla, la cabeza de una muñeca, varios metros de papel de baño manchado y húmedo, bolsas plásticas verdes, negras, blancas y azules. Pienso en todos los ácaros, las ratas y cucarachas que han de caminar con sus patitas asquerosas por ese lugar y que no vemos. Con el clic de la cámara todo se mezcla y pierde su forma, se vuelven texturas, colores: una escultura monumental. Me viene una arcada y siento los jugos gástricos subiendo por mi garganta, contengo el reflejo y cierro la boca, la aprieto con mucha fuerza para que ninguna partícula de sabor asqueroso me quite el gusto de la carne de la empanada que me comí hace rato. Qué asco, desearía no haber comido nada. Tomo un par de fotos, subo mi ventanilla y volteo a ver Ángel que sujeta su cámara Super 8 entre las manos. El olor asqueroso también rodea su cuerpo. Me viene otra arcada y la contengo de nuevo. Me doy cuenta que ese wey me tiene flotando en ese espacio de vapores tóxicos, que estoy enamorada de sus ojos verdes que son como ensalada, que mis sentimientos por él están mezclados con la náusea que me provoca la basura.

Decidimos que es suficiente, que contrario a lo que pensamos, el olor no disminuye con el tiempo y que ya conseguimos lo que queríamos. La señorita nos deja en la entrada

del Relleno, y tomamos el coche de Ángel para tomar el camino de regreso a la ciudad. Nos queda un poco menos de media hora antes de que se tenga que ir al aeropuerto. Prendo la radio, reconozco la canción que suena y empiezo a cantar a alaridos: este estéreo que me regalaste, no ha servido más que para matarme... él sonríe y vuelve a intentar meter la mano entre mis piernas, me encanta que me masturbe, pero por enojo y como venganza a su falta de tiempo para estar conmigo, aprieto mis muslos para sellarlos como una bolsa ziploc y simulando que tengo un micrófono en la mano, le sigo cantando: le subí a todo para sentir, le subí a todo pa quemar mi dolor, mi dolor, mi dolor, mi dolor, mi dolor... El coche se deja de mover. Aprovechando el semáforo en rojo, agarro mi mochila y le digo –bye profe–. El hace una cara de “te pasas escuincla”, lo beso en la boca, y me bajo en la calle sin dejar de mirarlo con esa cara de resentimiento que me sale natural. Va tardísimo y yo trato de encontrar la ruta de camión que me lleve a mi casa. Estoy desorientada. No quiero batallar. Cansada, tomo un taxi, llego a mi departamento compartido de estudiante y me preparó un sándwich de queso con rajitas. Entro al cuarto lleno de ropa tirada, pongo el plato en el buró, me acuesto boca abajo en la cama destendida. No soy el tipo de chica que llora, debo admitir lágrimas en mis ojos y lloro hasta quedarme dormida. Cuando despierto siento que la pestilencia del basurero impregnado en la ropa que aún traigo puesta, ha invadido mi habitación. Corro hasta el baño para vomitar, pero no alcanzo a llegar al escusado y a mi paso queda un caminito de comida mal digerida. Empanada. Por suerte, no está ninguna de mis roomies en el depa para juzgarme. Limpió con papel periódico, cloro y desgana, y me meto a bañar tarareando en mi cabeza el coro de la Cumbia del estéreo de Lasser Moderna que unas horas antes canté con sentimiento desaforado: sufriendo me la paso mal, me la paso mal, ya no puedo más, sufriendo me la paso, mal me la paso mal, voy a estallar...

muevo el pelo al ritmo de la musiquita de la tecnocumbia imaginaria mientras me cae el agua a chorros en el cuerpo, esta calientísima, como para hervir pollos. Creo que amo y odio a Ángel en partes iguales.

### **Radio Paris**

–Gabiss, Gabiss... ábreme soy Amanda–, con su cara de pillo y los labios pintados de rojo, Gabriel saca medio torso por la ventana y tira las llaves con llavero de Hello Kitty para que las cache con mi sudadera. Subo tres pisos hasta llegar a la puerta blanca con una esticker de cannabis pegada. Está entreabierta y obvio apesta a mota. Los roomies de él, o debería decir, la Gabis, son unos chavorucos pachecos, veganos y bikers que no me caen mal pero tampoco bien, así que los saludo de lejitos y me voy con mi amiga a la cocina para contarle lo del basurero. Ella ya sabe hasta el último detalle de mi historia con Ángel, es la fan número uno de la telenovela de la que me he vuelto protagonista y está ansiosa por saber que le traigo en este nuevo capítulo. Lo malo de que esté tan enterada, es que de vez en cuando a la Gabis le da por contarle mis secretos a otros, canturrearles a conocidos el momento vergonzoso y oscuro que le confié en la intimidad. Ya me acostumbré a que después de esos chismes no solicitados, los demás me vean feo y me digan que lo que estoy haciendo está mal. Son unos moralinos hipócritas y me cagan. Y la Gabis, se pasa de perra, pero al fin y al cabo es mi amiga.

Nos tomamos un chela en lo que llega nuestro amigo el francés amante de la música electrónica y las drogas. Vamos a ir a una fiesta que no me entusiasma nada, pero que según Gabriel, pinta para ser una noche de las que nunca se olvida. Radio París, que es el antro de moda, tiene varios ambientes en los que ponen música de distintos tipos de música. En lo que esperamos en la larga fila para entrar le marcó a Ángel. Es que aunque

no quiera, lo extraño, extraño la bufanda blanco con rojo tipo beduino que usa todos los días, sus hombros anchos y pecosos, su panza fofa y sus besos secos. El teléfono da tono y luego suena el molesto: “el número que usted marcó está ocupado”, cuelgo y el celular me vibra en la mano diciendo “estoy en el teatro”. Me empiezo a malviajar y a poner celosa, me dan ganas de cortarme las venas con galletas de animalitos, lo maldigo para mis adentros y con lágrimas llenas de maquillaje le doy a Gabriel mi teléfono para que me lo guarde y no me deje volver a hacer la misma estupidez. El francés nota mi mirada y me extiende la mano para ofrecerme la mitad de la tacha que se compró. Tiene forma de fantasma de Mario Bros. La tomó, me la tragó sin agua, saco la lengua y digo “aaaa”. A modo de cariñito, el franchute me desacomoda el pelo con la mano, es su forma de decirme que está orgulloso de que me drogue con él. Yo deseo que el éxtasis sea como un tipo de aspirina mágica que me quite la tristeza y que borre de mi cabeza la imagen de la prominente nariz de Ángel.

Tun tun pa, tuntun tuntun pa. La pastillita no tarda mucho en hacer efecto porque no comí nada desde que vomite, me da algo así como un subidón parecido a un *rush* de azúcar, es una sensación entre vibrante y nauseabunda como cuando tomas un elevador o te trepas en una montaña rusa. Empiezo a sentir una felicidad inmensa, no se si estoy soñando o estoy despierta, cada minuto que pasa entiendo menos. Tin tirin tirin tintin tintin. El mosaico de ajedrez del suelo cambia de color por las luces estroboscópicas que se mueven de un lado a otro y siento que pierdo el piso. Muevo sin parar la mandíbula, la siento tiesa y seguro parece que estoy rumiando, pero no lo puedo dejar de hacer. Levanto mi cara y veo las lámparas del techo para ver si el temblor que siento, es real o lo estoy imaginando. Me miro la piel, se ve azulada y tiene diamantina como la de un avatar. Siento una fuerza extraña que me llama, la música robótica suena más fuerte y estira mis brazos de chicle de

arriba a abajo formando gusanos imaginarios. Pin pin pin chin chin chin. No soy el tipo de chica que baila, debo admitir que esta noche siento el ritmo... Muevo la pierna, muevo el pie, muevo la tibia y el peroné, muevo la cabeza, muevo el esternón, muevo la cadera siempre que tengo ocasión. Me tomo una copa bailo desesperada. Cierro los ojos, y estoy volando, no se si estoy soñando. Tun tun pa, tuntun tuntun pa.

La melodía que en mi mente sonaba ahora siento que está en todo mi cuerpo. Chin chin chin chin. Me muerdo el interior de los cachetes. Abro los ojos y veo como la Gabis regresa sonriente de la barra con una chela y dos botellas de agua para los tres. Se ve super mami con su playera semi transparente que muestra sus pezones marrones con aretes dorados. La abrazo con mi torso y mis cuatro extremidades y me le cuelgo como un mono araña ¡wiiiiii!, su cuerpo me recuerda a un oso de peluche, esponjoso y suave. Es un control externo, lo que me mueve, lo que me lleva, siento que estoy en trance, fuego pasa por mis venas. Ella se ríe y me dice –estás bien chistosa, ¿ya te pego verdad?–, pongo una mueca horrorosa, froto mi cabeza sobre su pecho y como cobra yo me pongo a bailar. A un lado, luego al otro, al centro y para arriba. El francés, que siempre estuvo ahí, a mi lado, toma una de las botellas de agua y le agrega un poco de MDMA que saca de una bolsita de plástico amarillo fosforescente. La revuelve y le doy un trago, hago cara de asco y en unos minutos siento otro subidón. Tun tun pa, tuntun tuntun pa.

Voy en camino acelerando a cada tramo mi destino, y sin saber como, tengo la lengua entre las bocas de la Gabis y el franchute. El último apesta gacho a sudor agrio, pero me gusta que me toque, y le arañó la espalda sobre la ropa para hacérselo saber. Siento que cupido nos acecha. Una mano aquí, otra allá, una lengua en mi cachete, labios en el cuello, dedos en mis pezones, baba en mi ojo. Luces de colores y estroboscopio, pelajes de lujo, humito en mis ojos. Hipnotizada llego hasta unas dunas y me doy cuenta de

que estoy en el Sahara. Me estoy agarrando con una mano a la mesa, volteo a ver mi alrededor y estoy sola ¿a dónde se fueron mis amigos? Me siento rara, un poco inquieta. Mi corazón empieza a latir a otro ritmo que no es el de la música, ¡que miedo! Me muerdo uno de mis antebrazos, de la muñeca al codo. La presión de los dientes sobre mi piel me da una sensación de alivio y me tranquiliza. Me muerdo cada vez más y más fuerte. ¡Me quiero morir!

Una mano tersa como de hada, me quita con cuidado el brazo de la boca y me dice que no me lastime más, que todo va a estar bien. Me abraza, se llama Dany, dice que me vió a lo lejos, y que acudió a mi rescate porque le di ternura. Es una chica unos años mayor que yo, de pelo castaño oscuro, trae un vestido negro de vinipiel tipo coctel con lentejuelas que resaltan su belleza. Me agarra de la mano y me dice –toma, toma mi cintura, déjate llevar, no temas corazón–. Yo no tengo la fuerza para decirle que no y no quiero estar sola. Subimos no se cuantas escaleras. El último piso tiene una decoración muy rara, es una combinación entre un baño público y una cantina, todo huele a pinol. Al fondo hay un escenario, una banda toca y un loco en calzones rojos pasa junto a nosotras. Su piel blanca transparente y la tela de la poca ropa que trae, resplandecen en medio de las luces. Yo camino como egipcia al centro de la fiesta y cuando llego ¿quien creen que está bailando? Beam Laden, ¡está bailando! No sé si estoy soñando.

En el escenario, un tipo con sombrero de pescador y audífonos de diadema toca un instrumento que parece una caja y una chava con falda corta canta una canción sobre un marinero, se mueve al ritmo de una coreografía inventada, baila que da pena. La empiezo a imitar. Es este baile extraño, es lo que me mueve, lo que me enciende, bailo como cobra con este súper sonido. Dany me dice –este sonido a mi me gusta, es Lasser drakar–, y damos vueltas en nuestro propio eje. Llega otra chica que trae el pelo güero peinado en dos



colitas como de perrito cocker, vestido rojo, leggings blancos, botas de vaquero y dos pompones de porrista en las manos. Es amiga de Dany, le dicen Faca. Empieza a saltar y a mover la cabeza como si su deporte favorito fuera el rock. Me cae increíble, es lo máximo, la amo. Seguimos brincando como canguros. Hay varias parejitas agarrándose como si fuera la última noche del mundo. Alguien disfrazado del Pato Donald me toca el hombro y me da una cuba con dos hielos y magia, bien cargada, como las que tomaba José José. Me la bebo de un trago. Donald comienza a hacer *break dance*. Sobre las paredes escurre el sudor que se acumula en el techo, jugo de multitud. Lluvia de estrellas caen sobre la pista, las *belly dancers* me rinden un tributo, me siento la diosa del baile faraona del mundo. Si esto es un sueño no quiero que termine.

Faca, Dany y yo, agarradas de la mano, damos la putivuelta por el lugar buscando chicos lindos para besar. Hay un tipo con una playera de la bandera de Estado Unidos y un casco de Hockey, es el último punk del mundo y está haciendo el clásico truco de beber cerveza de cabeza. Dany le grita –¡hey Miki!– que lo distrae de lo que estaba haciendo y todo el líquido se le sale por la nariz. Nos cagamos de la risa. A lo lejos creo ver a un demonio. Mi corazón se detiene. Peor aún, es el pendejo de Ángel y está agarrándose con la Gabis. ¿Queeee? ¡Ni siquiera sabía que se conocían! Toda la felicidad que sentía se convierte de un golpe en tristeza profunda y lacerante. Estoy a punto de ir a hacer un dramón, una escena digna de la telenovela estelar, quiero gritarle a Ángel: ¡Ella es mi amiga y no te importo, no te importo, ella es amiga mía la mejor, fuiste a buscarla para hablarle de amor! Pero la Dany me detiene de los hombros, me dice que no vale la pena, que yo soy el tipo de chica que miras, por fuera coqueta, por dentro sincera, y que no tengo que llorar por un viejo feo, mechudo y cabrón. Lloro en su hombro, ella me aleja un poco y me quita con el pulgar las lágrimas. Me aparta de la fiesta y me lleva a la esquina, me dice

que me puede leer con solo verme para adivinar toda mi historia. Me confronta y me pregunta porque me gusta tanto la basura, que es lo que encuentro atractiva en ella. La miro sorprendida y la abrazo. Empiezo a sentir muchas ganas de mear y el cansancio en mi cuerpo, me doy cuenta que casi no he tomado agua y que estoy deshidratada. Voy a la barra y luego al baño y cuando regreso, ya no están ni Faca, ni el Pato Donald, ni la Dany, ni el Miki punk, ni la culera de la Gabis, ni el pendejo de Ángel ¿a dónde se fueron? Estoy a punto de entrar en crisis, pero alguien me toca la espalda. Es el francés, que con alivio me dice en su español masticado que lleva como dos horas buscándome, que estaba muy preocupado. A mi también me da gusto ver su bigote de anchoa. Intento buscar a Dany para despedirme, pero el franchute me dice que está muerto, que ya se quiere ir, me toma del brazo como si fuera una niña y bajamos millones de pisos y salimos de ese sueño pesadilla. No le digo nada sobre lo que pasó.

### **La avenida**

Está comenzando a salir el sol, y hace frío. El frenchi me da su chamarra. Caen algunas gotas de lluvia, y no es el rocío de la mañana, son lágrimas que vienen del corazón, lágrimas que brotan porque ya no hay amor. Caminamos disfrutando de la bruma que cae sobre la avenida principal. Los oídos me vibran. Gracias al silencio pesado que cubre la ciudad, alcanzó a escuchar mi voz interior, que dice: Sí, después de ir esta noche a la fiesta, yo siento que tu ya no me mereces, me siento rara un poco inquieta, porque esta noche yo ya me di cuenta. De pronto, vuelvo a oír el tun tun pa, tuntun tuntun pa. Volteo la cabeza, son los camiones de basura que vienen en filita, dirigiéndose a recoger la basura de la cena, de lo que se comió en el teatro, de la fiesta: las colillas de los cigarros y las bachas de los porros, las bolsitas negras de la coca y los vasos rojos de plástico. Por fin llegamos al

departamento del francés. Me acerco y le doy la mano, huele a rancio. Estoy sensible por el bajón de las tachas, pero creo que él si me quiere.